

1898 EN LA LITERATURA:

Las huellas españolas del desastre

José-Carlos MAINER

“Cerremos con tres llaves, sin tardanza,
el sepulcro del Cid!... (ide aquel guerrero
batallador, honrado y caballero,
que ganó media España con su lanza!)

“Salga en cambio del suyo Sancho Panza
a servirnos de guía y consejero...”
(¡Mas olvide al salir que fue escudero
de la Fe, la Virtud y la Esperanza!)

Para exhumar a Sancho, con premura
golpea el suelo el acerado pico,
y ábrese, al fin, su vieja sepultura.

¡Vacía!... – exclama el pueblo. – ¡Sí, borrico,
replica Don Quijote con voz dura,
id por él a Santiago o Puerto Rico!

Marcos Zapata, “Receta para salvarnos”,
Poesías, Fernando Fe, Madrid, 1900, p. 91.

El mal sueño

¿Qué queda de los acontecimientos de 1898 en la literatura española de aquel momento histórico, más allá del énfasis retórico con el que tan a menudo se ha hablado del Desastre por antonomasia? No parece casual que cuando el dictador Francisco Franco – bajo el cursilísimo seudónimo de “Jaime de Andrade” – quiso revestir de oropel histórico y trágica dignidad la tragedia que

había desencadenado en 1936 sobre su propio país, comenzara la historia de la familia Churruca-Andrade en el año de 1897 y que, al poco, hiciera morir al padre como un heroico capitán de navío en uno de los barcos hundidos por los norteamericanos en la bahía de Santiago. Pero no todos, ni mucho menos, vieron la guerra de Antillas y Filipinas como una infausta derrota cuya amargura solamente se mitigaría con la victoria en la "Cruzada" de 1936-1939... La percepción de la sangría colonial fue, fundamentalmente, la de una injusticia con la que el Estado defendía intereses particulares y a la que se sacrificaba a los pobres soldados que no habían podido redimir en metálico un "destino" que les llevaría a morir muy lejos, más fácilmente por enfermedad que por las balas mambises o tagalas.

Pocas impresiones son más notables al respecto que el bellissimo y breve cuento de Clarín "En el tren", de la colección póstuma *El gallo de Sócrates* (1901). En el departamento reservado del Duque de Pergamino y pese a sus aparatosas protestas, la administración ferroviaria ha introducido a un teniente y a una silenciosa viuda. El primero parte a su destino en Cuba -le ha tocado el "chinazo", cuenta con algún escándalo de su interlocutor- y el Duque, que va recuperando su buen humor, le da toda clase de consejos. Él fue, en sus años juveniles, Ministro de Ultramar y le consta que "tenemos que aplicar cauterio a la administración ultramarina, si ha de salvarse aquello". Luego, dejó la cartera pero no sin comprobar que "nuestros héroes defienden aquello como leones". El teniente, sin embargo, deja en la península madre y mujer enfermas y dos hijos de menos de cinco años. Y aquella viuda a la que nadie hace caso acaba por declarar, "fría, irónica, entre lágrimas" que es "la viuda del otro", de aquel heroico capitán Fernández cuyo apellido no podía recordar el fatuo Pergamino que prepara su veraneo en Biarritz ("aquello ya está muy visto"), el norte de Francia y las islas del canal¹.

Al recordar lo poco que significó la derrota de 1898 en las letras españolas, conviene tener en cuenta que la realidad y la literatura son siempre términos enlazados por una curiosa dialéctica: no es lo mismo lo que se ve que lo que se quiere ver, ni lo que la realidad nos comunica inapelablemente y lo que nosotros proyectamos sobre ella de nuestros propios problemas. Y los de los españoles más lúcidos de fin de siglo estaban inexorablemente lejanos de los de aquellos políticos que amenazaban gastar "hasta el último hombre y la última peseta" en un pleito que política, económica e intelectualmente estaba ya perdido. Tengamos en cuenta, por otro lado, que hablamos de las letras escritas por hombres cavilosos que habían leído a Kant y a Schopenhauer y que no sabían o no querían, por lo tanto, distinguir demasiado entre la realidad y la conciencia. Pío Baroja se definiría varias veces como "un fauno reumático que ha leído un poco a Kant"; Antonio Machado dejó transcurrir asordinadamente su vida hasta poder decantar como resumen de su experiencia aquello de que "el ojo que ves no es / ojo porque tú lo veas. / Es ojo porque te ve", coplilla que revela un largo purgatorio previo en el seno del idealismo absoluto; Azorín, tan aparentemente "realista" de lo menudo y cierto, convirtió al

personaje-testigo de las páginas finales de su libro *Castilla* en un ciego que regresa a la que fue su casa y que describe de memoria a sus acompañantes el paisaje que ha visto tantas veces. Decididamente, los mejores escritores de la España de 1898 preferían ver otras cosas, aunque no fueran mejores que el sangriento panorama de los campos de batalla. La suya, su batalla, era la de asentar la influencia intelectual en un país de escasos lectores y la de incorporar a las letras españolas el latido más vivaz del espíritu internacional del fin de siglo: el simbolismo, el nuevo naturalismo “espiritualista”, la dimensión sociológica de los hechos, los brotes irracionalistas del pensamiento, la modernidad a fin de cuentas.

En el comienzo del verano de 1898 (recordemos que las noticias de la batalla naval de Cavite llegaron a España a finales de abril, y las de Santiago de Cuba, a primeros de julio), Unamuno se había retirado a Vitigudino, pueblo cercano a la Salamanca donde profesaba, descansando, sin querer leer un periódico (como escribía a su corresponsal Pedro Jiménez de Ilundáin) y dedicado a la filología recreativa con las etimologías de los nombres de lugares próximos. En agosto escribió su artículo “El negocio de la guerra” donde, al comparar a los burgueses españoles que habían suscrito el empréstito de guerra al seis por ciento con los empresarios norteamericanos que esperan subir el precio del azúcar por la inevitable pérdida de la zafra, deducía inapelablemente que “lo cierto es que las guerras suelen ser una sangría que alivia las crisis del capitalismo a expensas de la salud general del organismo social entero”². En noviembre apareció en *La España Moderna* su trabajo “La vida es sueño (reflexiones sobre la regeneración de España)” donde se refirió a aquel pueblo español intrahistórico del que ya había hablado en las conmovedoras páginas de *En torno al casticismo* (1895). Siempre ha sido el gran perdedor y “cuando estalló la guerra, los españoles conscientes, los que saben de esas cosas de Historia y de Derecho, y de Honra nacionales, les quitaron muchos hijos, a quienes los padres vieron ir con relativa calma, porque era una salida, porque muchos hubieran tenido que emigrar (...) Y ahora les van con la cantinela de la regeneración, empeñados en despertarles otra vez de su sueño secular (...) Si en las naciones moribundas sueñan más tranquilos los hombres oscuros su vida, si en ellas peregrinan más pacíficos por el mundo los idiotas, mejor es que las naciones agonicen”³.

No era sólo cuestión de un “socialista de cátedra”, afanoso de llevar la contraria. Vicente Blasco Ibáñez, el republicano populista, pensaba algo parecido a lo que ya habían hecho constar políticos como Francisco Pi y Margall y Pablo Iglesias. En 1895 se había manifestado contra la guerra y había tenido que escapar del país, disfrazado de marinero, rumbo a Italia. Vuelto al año siguiente, sufrió un consejo de guerra y sentencia de presidio que se trocó por destierro en 1897. Ya era una figura de relieve y estaba a punto de ser diputado, cuando en el número 1 del semanario *Vida Nueva* escribió unas líneas inequívocas: “En un mundo donde existe la mujer, copa de felicidad jamás vacía por mucho que se apure y cuyos ojos brillan con el ardor de la primavera; donde el vino chisporrotea en la copa de cristal con su corona de irisados

brillantes; donde los bosques tienen flores que perfuman y trinos envueltos en plumajes voladores que saltan de rama en rama; donde el cielo, con las transparencias de la rosa y los cambiantes del nácar, ofrece la más hermosa de las tiendas para cubrir los delirios del amor, de la única verdad que encontró el doctor Fausto después de estudiar tanto; en un mundo tan bello, los hombres consideran como la más digna y honrosa de las profesiones hacerse polvo a cañonazos por si cuatro pedazos de tierra han de estar protegidos por una bandera de un color u otro"⁴.

Azorín apenas escribió sobre la guerra y siempre con escepticismo. A él debemos, sin embargo, haber subrayado que un modesto poeta regional murciano, Vicente Medina, había dado en "Cansera" (poema de *Aires murcianos*, 1898) uno de los mejores diagnósticos de la situación: "Cansera es una diminuta obra maestra, una verdadera joya. El huertano, labriego apasionado de su pedazo de tierra, acorralado en su casa por las desgracias, por la mala cosecha, por la sequía, por el hijo que se han llevado a la guerra, se niega a salir de ella; no, no quiere salir; siente aquella alma ruda el cansancio insuperable, el tedio de quien toda la vida ha luchado reciamente y no recoge al fin más que dolores"⁵. Y reprodujo admirativamente los versos finales de un poema que, sin duda, hubiera fascinado también a Unamuno:

Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...
Por esa sendica se fue la alegría...
¡Por esa sendica vinieron las penas!...
No te canses, que no me remuevo;
anda tú, si quieres, y éjame que duerma,
¡A ver si es pa siempre!... ¡Si no me espertara!...
¡Tengo una cansera!...⁶

El itinerario de los mejores escritores nuevos revela el mismo desinterés por la guerra. En 1898 Baroja acababa de abandonar el negocio de panadería de su tía Juana Nessi para dedicarse por completo a la literatura y escribir los espléndidos cuentos de *Vidas sombrías* (1900) donde ni siquiera asoma la guerra, si exceptuamos el cuento "El carbonero" donde se hace referencia al injusto sistema de quintado militar. De Azorín ya queda dicho que apenas en tres trabajos periodísticos menciona los acontecimientos bélicos. En 1901 publicó *Diario de un enfermo*, primero de sus empeños novelescos, que es el testimonio de un enfermo de la voluntad y que empieza el 15 de noviembre de 1898! con estas frases: "¿Qué es la vida? ¿Qué fin tiene la vida? ¿Qué hacemos aquí abajo? ¿Para qué vivimos? No lo sé; esto es imbécil, abrumadoramente imbécil. Hoy siento más que nunca la eterna y anonadante tristeza de vivir. No tengo plan, no tengo idea, no tengo finalidad alguna. Mi porvenir va frustrándose lentamente, fríamente, sigilosamente. ¡Ah, mis veinte años! ¿Dónde está la ansiada y soñada gloria? Larra se suicidó a los veintisiete años; su obra estaba hecha..."⁷. Cinco días antes de estas cavilaciones se había firmado el Tratado de

París que ponía fin al colonialismo español en América y Asia, pero no era ésta, por supuesto, la causa del desasosiego del personaje...

Los testimonios directos: López Bago, Ciges Aparicio y Trigo

Hubo excepciones, claro. El veterano mosquetero del naturalismo Eduardo López Bago publicó en 1895 *El separatista*, "novela médico-social", a la que deberían haber seguido las anunciadas *El bandolero*, *La gente de color* y *Gobernador General* que no vieron la luz y que hubieran compuesto un políptico sobre la guerra hispano-cubana. Lico Godínez, su protagonista, es un señorito habanero de familia separatista que se enamora como un colegial de Solita Valiente, viuda de un militar español muerto en combate y profesora de piano de la hermana de su adorador. Al iniciarse las hostilidades de 1895, la muchacha es expulsada de su trabajo y Lico huye de la casa paterna. Mantiene un *affaire* con Marie, conocida mesalina habanera, pero también sustenta opiniones sobre la guerra que le llevan a un duelo con su amigo Pepe Martín: Lico no acaba de ver la necesidad del conflicto y le asusta que en él lleven la voz cantante antiguos esclavos negros y bandoleros. Herido en el desafío, el muchacho reencuentra a Solita que queda embarazada. Una cosa y otra propician la reconciliación familiar, tras de que el padre vuelva decepcionado de la manigua y todos vuelvan los ojos con esperanza al general Martínez Campos que acaba de llegar como gobernador general, con todo su prestigio de pacificador de Zanjón. La novela es un mediocre canto a la esperanza autonomista cuyas ideas encarna el médico criollo doctor Pérez. Éste, como los burgueses que visita, no quiere otra república hispano-americana inestable: "Voy a decirle a usted lo que me parece América y con qué la comparo (...) A estas repúblicas han emigrado gentes de todas las razas y de todas las naciones. Los buenos, los malos, y... los peores. Se han efectuado cruzamientos de castas de los cuales no se sabe aún el resultado. En una palabra, los americanos son para mí como una persona que se encontrase de pronto delante de una magnífica olla puesta a la lumbre, una persona que tuviese muchas ganas de comer y que no supiese guisar. Acababan de despedir a la cocinera. La cocinera era España, que al fin y al cabo les hacía platos caseros muy ricos. Estofados, bacalao a la vizcaína, paellas, ropa vieja, patatas guisadas, gazpacho y migas con torreznos. Pues bueno, a estos hambrientos no se les ha ocurrido cosa mejor que ir echando en la olla todo lo que encuentran a mano, verduras, carne, pescado, raíces, idemonios coronados! ¡Qué saldrá de ahí? ¡Vaya usted a saberlo!"⁸. Ni el diagnóstico del doctor era un portento científico, ni López Bago se reveló un buen profeta al soñar con una pacificación inmediata.

El impresionante testimonio de Manuel Ciges Aparicio es de muy distinta naturaleza: su autor fue un oficial español sin vocación militar alguna, vinculado a medios radicales, que fue condenado a rigurosa prisión en La Cabaña habanera por

haber publicado en *L'Intransigeant* de París un artículo que criticaba las decisiones militares del general Blanco. Las apasionantes páginas de Ciges aparecieron en *Vida Nueva* (1899) con el título de "Impresiones de La Cabaña (memorias de veintiocho meses)" y luego, ampliadas, formaron el volumen *Del cautiverio* en 1903: en ellas encontramos el horror de los "reconcentrados" por Weyler, el salvaje incendio de un bohío donde arde una mujer intentando rescatar sus enseres, las vejaciones de los presos, la miseria de los soldados enfermos, el banquete de aquellos desdichados que devoran un gato con arroz... Ciges -que continuó su testimonio personal en tres libros más- fue un Gorki a la española que no olvida consignar las jactancias de españolistas e independentistas en la "acera del Louvre" o describir, sin un adarme de emoción patriótica, la llegada de los buques norteamericanos al puerto de La Habana. Para él han supuesto la libertad y ahora los contempla desde el barco que le lleva a la península como repatriado. Y no deja de observar cómo en sus cubiertas "los soldados se mueven automáticamente y regularmente, obedeciendo a toques periódicos de corneta. De aquella gente había dicho nuestra prensa que eran vagabundos reclutados por algunos dólares y que carecían de disciplina y de hábitos militares"⁹.

El famoso novelista Felipe Trigo fue otro de los escritores con experiencia directa de la vida en las colonias. Médico militar, fue destinado a Filipinas y publicó en 1897 *La campaña filipina (impresiones de un soldado)*, muy favorable a la intervención militar (sobre todo, al general Blanco) y muy crítico con la influencia clerical. Siendo médico del destacamento penitenciario de Fuerte Victoria, presenció una sublevación de los prisioneros tagalos, fue macheteado salvajemente y logró salvarse de milagro. El caso alcanzó gran popularidad, fue repatriado y, a su regreso, desdeñó un puesto más importante en Cuba. Aquella dura experiencia pasó a *Las ingenuas* (1901), su primera novela, pero lo curioso es que el episodio atribuido al protagonista, Luciano, se da como sucedido en una explotación industrial de Ceilán. Y, sin embargo, las noticias de lo acaecido en las colonias van jalonando el curso de la morosa narración que presenta la adúltera relación de Luciano con su cuñada Flora. En Alajara, prototípico poblachón extremeño de donde proceden los personajes, Jacinto -un señorito rural que pronuncia "Vasin ton" y "Biró"- jalea un artículo del periódico provincial que significativamente se titula "¡Sus! ¡A los cerdos!": "¡Eso! -dejó caer con voz enérgica y rodando los ojos al cacique-. No debe ser otra la conducta de los herederos de Felipe II en cuyos reinos ya sabéis todos que no se ponía el sol. ¡Fuera consideraciones a puercos! ¡Al mar, de cabeza! ¡El ejército a la bayoneta a Nueva York...! ¡Pues qué se habían creído?"¹⁰. Pero, cuando Luciano y su esposa embarcan en la estación, contemplan -a los sonos de la inevitable Marcha de Cádiz- el contraste entre las fantasías de una prensa irresponsable y "aquel convoy de coches de tercera, con quintos apiñados como borregos, recién pelados, los gorrillos separándoles las orejas... y parecidos, más que a guerreros, a hospicianos, sin armas ni correas, dentro de los trajes de rayadillo, que a todos les resultaban grandes y se les arrugaban encima con el apresto de la tela nueva"¹¹.

Más tarde, en el barco donde regresa de Colombo el matrimonio, el "Alfonso XIII", se les presenta la otra cara de la guerra en forma de "viudas que tomaban de Filipinas, quedando allí a sus maridos asesinados por la insurrección, y enfermos que ante los horrores de los tagalos vieron agravarse su mal. Un cargamento de dolor y de muerte, por entre el que gritaban veinte o treinta niños vestidos de luto"¹². La noticia de la muerte de Cánovas suscita una lágrima a Luciano, "porque veía caer a manos de la fatalidad al único gobernante español capaz de dominar en un momento dado, que iba a presentarse, todas las bélicas arrogancias de la ignorante España"¹³. No tardará mucho, sin embargo, en llegar la nueva de la derrota en Cavite y las vacilaciones del almirante Cervera con su escuadra antillana surta en Cabo Verde. Luciano no quiere leer los gratuitos insultos del periódico al marino porque le "parecían los gritos de un público borracho pidiendo en una corrida: "¡caballos! ¡caballos!". Y vuelve a llorar el día de la derrota definitiva: "Era el remordimiento de hijo ingrato de la Nación desdichadísima (...) Que había asistido al largo y triste espectáculo de aquella insensatez pública que a través de la patriotería empujó al principio, contemplándolo todo con desdeñosa sonrisa de extraño espectador dolido por diletantismo (...) No tenía derecho a indignarse. Él no había sabido ser siquiera de los pocos hombres que lanzaron su protesta contra la tempestad, arrastrando la impopularidad y el odio... Él no había sabido emular a Pablo Iglesias, a Pi Margall"¹⁴. No es gratuito relacionar esta congoja personal con la visión final de Alajara, el pueblo miserable y temeroso, entregado a los ricos y a los caciques, en una briosa descripción que no hubiera vacilado en firmar el Azorín de *La voluntad* o el Baroja de *César o nada*: "Eran los campanarios los que dominaban el mezquino caserío; la torre de la parroquia, allá arriba, ancha y terminada por almenas, como desconchado y viejo castillo que aguardara un cañonazo de aquellos de la civilización americana para desplomarse; el cimborrio de las Descalzas, sobre el largo tejado, en mitad del pálido verde del huerto que cual mancha parásita cogía un tercio del pueblo; la cupulita nueva de San Antón, el campanario de la Magdalena... más abajo de todo lo cual, casi huyendo en protesta o en fuga, disparando negra su humareda recta, levantábase la chimenea de la fundición; y a su derecha, al extremo alto, descubría Luciano el hotelito de Flora, riente en su ramillete de árboles, parecido a un exótico viajero que hubiese llegado al horroroso aldeón una mañana, y que se hubiera clavado allí, sin atreverse a entrar"¹⁵.

Emigrantes y repatriados

Conviene no olvidar que América era para muchos sinónimo de emigración, lo que significaba huir de la miseria o escapar de las quintas militares. Desde 1880 corrieron los años dorados -o siniestros, según se mire- de una sangría demográfica que haría la fortuna de empresas como la Compañía Transatlántica, del Marqués de Comillas: un

antiguo negrero que hizo negocio con las tropas que llevó combatir y lo continuó con las repatriaciones. No hubo mayor ni más humano mentís a la ruptura entre España y sus antiguas colonias americanas (la corriente migratoria a Filipinas fue desdeñable): entre julio de 1899 y junio de 1900, apenas un año después de los combates, llegaron a Cuba casi 18.000 emigrantes españoles; los quinquenios posteriores a 1902 arrojan un promedio anual cercano a 25.000 personas que llega a superar los 40.000 en el momento de la guerra europea y solamente remite en los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera, a favor del vigoroso repunte de las obras públicas en España, y luego de los años de la República. Esa era la clamorosa respuesta del pueblo real al guerra... En el libro de Manuel Bueno, *Almas y paisajes* (1900), el precioso cuento homónimo tiene el valor de una metáfora: Gabriel, un emigrante fracasado, vuelve a su tierra y oye en la diligencia que le lleva a su pueblecito vasco una animada disputa entre un comisionista y un cura a propósito de las responsabilidades de la derrota: que si han sido los masones, que si hay que incrementar la exportación, que si debe construirse un ferrocarril, que si hay que rehacer la marina de guerra, que si la culpa ha sido de los liberales... Pero él sólo puede pensar en la amargura del reencuentro que le deparará la visión de su padre, inválido e idiotizado, como todo un símbolo, al fin, de la única España que quedaba¹⁶.

Pero, para algunos otros, la guerra fue una forma distinta de emigración. Tonet, el protagonista de *Cañas y barro* (1902) de Vicente Blasco Ibáñez, era un muchacho pendenciero que, por una disputa con su padre, "sienta plaza" en un cuartel de Valencia y va destinado Cuba por todo el tiempo de la guerra. Regresa con un poblado bigote -le llaman "el Bigot" por apodo-, atributo de hombría, pero en tanto ha perdido a su novia Neleta que se ha casado con el viejo tabernero Cañamel: su futura tragedia tiene, por tanto, como remoto motivo una escapada que no ha remediado ni la miseria de su casa ni el despecho por su ambición burlada. Tonet vino a ser un símbolo involuntario de la inutilidad, primero, de las falsas promesas de fácil victoria y, después, de los retóricos augurios de regeneración.

Entre tanta demagogia como cundió a la hora de la derrota, había una latente ambigüedad. Unamuno había visto con meridiana claridad que los regeneracionistas tenían por costumbre zaherir al mismo pueblo que creían inocente de toda culpa histórica. Para él, como antes para su amigo Ángel Ganivet, la verdadera España estaba dentro, oculta, en una intrahistoria de esfuerzos, rutinas y ensoñaciones que se oponía a la historia de las batallas y los heroísmos. El libro más "noventayochesco" de cuantos vieron la luz en el bienio 1898-1899 fue *Hacia otra España* de Ramiro de Maeztu y, en rigor, necesitó hablar muy poco de la guerra y ni siquiera aludir a que él mismo había sido uno de aquellos innumerables emigrantes a Cuba, donde había ganado su pan siendo lector de una fábrica de tabacos. Prefiere hacerlo de una política fracasada, de una clase media sin nervio (el proletariado de cuello duro del que el autor había querido zafarse) y, al cabo, de una esperanza que lo mismo puede ser el humo fabril de Bilbao que las orondas caderas de unas mozas de Calatayud,

capaces de llevar en ellas una España nueva... Aquel regeneracionismo más vitalista y menos campanudo venía de atrás. Benito Pérez Galdós – que comenzó precisamente en 1898 la Tercera Serie de sus *Episodios nacionales* – fue, como todos los hombres de su generación, profundamente afectado por el conflicto. Pero el tema americano solamente compareció en su obra de una forma indirecta aunque harto significativa: en su teatro, América fue un lugar de referencia para emprender una nueva vida. En *La loca de la casa* (1892) y en *Mariucha* (1903), los protagonistas masculinos son indianos que han construido su fortuna y han forjado su voluntad al otro lado del mar. En *La de San Quintín* (1893), los personajes centrales -Víctor y Rosario- abandonarán el viejo mundo buscando en el nuevo menos hipocresía y ruindad que la que les rodea en Ficóbriga.

Desde Cataluña, donde tan importante fueron la emigración y los negocios transatlánticos, también se vió así: el dinero era mucho más importante, al cabo, que los prejuicios de honra. *El héroe* (1903), drama de Santiago Rusiñol, es una pieza maestra al respecto. Un soldado que se ha batido en Filipinas llega a su pueblo lleno de condecoraciones y, como reza la acotación que traduzco del original catalán, “vestido de rayadillo, gorra de paisano tirada atrás con dos claveles, cuatro o cinco medallas al pecho, el canuto de la licencia, un bastón a la espalda con un gran hato, muchas coronas y una guitarra”. Animado por sus amigos y por el comandante del puesto de la Guardia Civil que lo escoltan a todas partes, “el héroe” se convierte en un indeseable: menosprecia a sus padres, modestos tejedores domésticos; se convierte en un permanente mal ejemplo para su hermano, el Andreuet, y además galantea a la mujer de Joan, su amigo, que también también ha sido “repatriado” pero que ha vuelto enfermo para morir en su hogar. Al final, cuando el héroe ha logrado sus innobles propósitos y ha logrado quedarse con el dinero que sus padres atesoraban para rescatar a su hermano de la milicia, Joan lo mata con el sable de honor que le habían regalado. Pero, a la vista de tanta desolación, todavía tiene la última palabra cuando el señor Tomás le reprocha haber muerto al “héroe” del pueblo: “¡Qué he de haber matado al héroe! ¡He matado al gandul del pueblo! ¡Míralos allí! ¡Los del telar son los héroes!”¹⁷.

El tono farsesco que en la pieza de Rusiñol conviene con ciertos toques de teatralidad simbolista se encuentra ya muy cercano de la explícita burla de Ramón del Valle-Inclán en las piezas que componen *Martes de Carnaval*, donde vió con distancia esperpéntica el significado de la guerra. En torno al 1898, su obra fue casi tan muda como la de los demás al propósito de los acontecimientos. Solamente merece la pena destacar la presencia en “La niña Chole”, cuento de *Femeninas* (1895), de unos “rostros pecosos y bermejos, caballos azafranados y ojos perjuros. ¡Yanquis en el comedor; yanquis en el puente; yanquis en la cámara!... Cualquiera tendría para desesperarse”¹⁸, que el altivo Marqués de Bradomín encuentra en el barco que le lleva a Veracruz. En la *Sonata de estío* (1904), conseguido *rifaciemento* del cuento de diez años antes, los yanquis se transforman, sin embargo, en ingleses: “La

raza sajona es la más despreciable de la tierra. Yo, contemplando sus pugilatos grotescos y pueriles sobre la cubierta de la fragata, he sentido un nuevo matiz de la vergüenza: la vergüenza zoológica (...) Herejes y mercaderes en el puente, herejes y mercaderes en la cámara, ¡Cualquiera tendría para desesperarse!"¹⁹. La herida del 98, mezclada a la polémica de latinos contra anglosajones, escocía todavía... Pero donde el texto gana significación nacionalista es cuando se esboza la tradición conquistadora que ha dado entre los Bradomín de otros tiempos un fundador del reino de Nueva Galicia y un Inquisidor General, nada menos. Por eso, confiesa Xavier que "al desembarcar en Veracruz, mi alma se llenó de sentimientos heroicos". Y poco más tarde, mencionará a los "plateados", célebres bandidos políticos del fugaz imperio de Maximiliano; con ellos Brión, el mayordomo carlista, quiere construir un nuevo imperio para Carlos V, anticipo de la corona de España: "Más difícil cosa fue ganarlas en los tiempos antiguos de Hernán Cortés. Yo tengo el libro de esa historia"²⁰.

Los textos contrastan casi brutalmente en 1930, con los que leemos en *Martes de Carnaval*, conjunto presidido por el recuerdo de las campañas coloniales y por el vejamen de un ejército grotesco (a eso alude el título: "Martes" es también el plural de "Marte", "soldado" en sentido figurado). En *Las galas del difunto*, el "pistolo repatriado" Juanito Ventolera se exhibe de rayadillo por los burdeles, mendiga y profana el sepulcro de un boticario para robarle el terno con que lo enterraron. El capitán "Chuletas de Sargento", en *La hija del capitán*, recibe ese apodo porque se cuenta que en la guerra hizo servir como rancho a la tropa filetes de los suboficiales mambises muertos. Los militares de *Los cuernos de Don Friolera* que juzgan-constituídos en tribunal de honor- la culpable mansedumbre del teniente Pascual Astete, engañado por su mujer, hablan de sus años de servicio en Ultramar. Para el teniente Cardona todo fue bueno: "Yo he pasado cinco años en Joló. ¡Los mejores de mi vida!". E incluso se jacta de hablar tagalo: "Tanbú, que quiere decir puta. Nital budila, hijo de mala madre. Bede tuki pan pan bata: voy a romperte los cuernos. -¡Al parecer posee usted a la perfección el tagalo! -¡Lo más indispensable para la vida!". Pero el teniente Roviroza no tiene tan grata experiencia: "No todos podemos decir lo mismo. Ultramar ha sido negocio para los altos mandos y para los sargentos de oficinas... Mindanao tiene para mí mal recuerdo: enviudé y perdí el ojo derecho por la picadura de un mosquito"²¹. Años después, en *Tiempo de silencio* de Luis Martín-Santos, un autor que seguramente había leído a Valle-Inclán, la abuela de Dorita recuerda también que su marido fue oficial en Filipinas, donde "él que era muy hombre y que no podía retenerse tuvo que ver con una tagala convencido de que era una jovencita pura y de que estaba limpia, pero le tuvo que pegar la infección la muy sucia y se la pasó toda a caballo, sin lavados y sin cuidado ninguno hasta que se le emberrenchinó y le llegó a tupir los conductos, y aunque luego hizo lo que pudo y el médico naval de la fragata que era tan amigo suyo le quiso corregir, como a otros que habían ido con él y habían caído por ser hombres con otras tagalas, pero no hubo nada que hacer y nos quedamos sólo con mi Carmencita que ya tenía veintiocho años

cuando él cayó definitivamente a manos de moros, cuando la catástrofe²². De Filipinas a Annual -que es la última fecha evocada por la abuela- transcurrió la sórdida historia de un colonialismo de pobres, visto aquí por la clase media que ni siquiera sabe que es la víctima de aquellos sueños imperiales...

Guerra y toros

“Almas y paisajes”, el cuento de Manuel Bueno que se evocaba al principio del apartado precedente, está dedicado a Rodrigo Soriano y no por causalidad, como veremos enseguida. La visión de la guerra de este compañero de luchas -y luego rival- de Blasco Ibáñez se presenta en algunos artículos muy brillantes y hoy olvidados. Muchos se agruparon en su libro *Las flores rojas* (1904) que es uno de los mejores conjuntos de crónicas -así se decía entonces- de la España de principios de siglo. “Pierre Loti en Madrid” se escribió el mismo día en que llegaba la noticia del desastre de Cavite y evoca el recorrido triunfal por España del que las derechas intelectuales llamaban el “sucesor de Zola”, a vueltas de campañas flamencas y corridas de toros en las que era inevitable invitado. “Corpus de Sangre” describe la procesión toledana del 9 de junio, al hilo de las noticias aciagas que ahora llegan de las colonias: “Tan sólo rubios campos, anegados en sangrientos mares de amapolas, nos recordaban la jornada de primavera y luto, de vida fecunda y tremenda muerte (...) Allá muy lejos, en Filipinas se celebraba el Corpus, ¡pero qué Corpus! ¡El Corpus de sangre! El sol español declinaba... Nuestra nación perecía en otro crepúsculo polar, de indiferencia, de egoísmo, de fatalismo... Y en aquel cuadro primaveral, oíamos las voces de unos toreros: -¡Eh! ¡Malegro de verlo güeno! ¡Buen morlaco está el quinto! El Minuto y su cuadrilla iban a Toledo. ¡Seis miuras! ¡Un Corpus de sangre... torera!”²³. Otro conjunto de artículos, *El triunfo de Don Carlos* (1902), lo encabeza la historia de ficción política que le da título: cómo serían las cosas en nuestro país si ganase la facción carlista. Y siguen crónicas tan desgarradas y atractivas como “¡Viva España!”, sobre la venta de industrias españolas al extranjero; “¡Pobre Zorrilla”, sobre el final del mundo legendario y castizo del escritor; “¡Ya tenemos escuadra!”, donde cuenta que en San Sebastián unos oficiales de la Armada han apaleado a unos periodistas que pusieron en solfa su eficacia guerrera (el general dice al reportero: “Sépalos usted. Para tener escuadra no hay más que un medio: apalear periodistas”). La entrada de *Nozaleda* (1903) comienza con el sabroso artículo homónimo: una fantasía sobre los pasos del antiguo arzobispo de Manila al que el Vaticano acaba de nombrar como titular de la sede de Valencia. El dominico Nozaleda había sido acusado de ser uno de los factores del descrédito de los españoles en Filipinas y ahora era entronizado en la sede más conflictiva y anticlerical del país. Soriano subraya la inoportunidad de la medida: “A su voz cayó Rizal acibillado por las balas; el pobre indio se prosternaba ante el fraile revestido de oro, al modo de los primitivos habitantes de América

cuando Colón puso su pie en el Nuevo Mundo. Los capitanes generales de Filipinas le rendían acatamiento. Si alguno le molestaba pronto volvía a España bajo partida de registro. Empleado que interrumpiera su paz caía bajo el látigo del arzobispo (...) El frailote recorría las calles de Manila a modo de rey dahomeyano: temblorosos, sumisos, los pobres habitantes del país hincaban su rodilla al paso del gran pontífice forrado de oro, del castila deslumbrador como el sol (...) Tumbado en su hamaca, envuelto en el humo azul que despedía como incensario el largo habano, daba órdenes, disponía de vidas y haciendas, recibía ofrendas, cortaba cabezas y deshacía honras"²⁴. Soriano no es un militarista ni un nostálgico de la colonia, pero su actitud tiene algo de contradictorio populismo; es, a fin de cuentas, un patriota de izquierdas que siente el resquemor de la vergüenza histórica. Su revelador artículo "3 de mayo de 1899" compara los cantos bélicos de distintos pueblos: "Venció Francia con la sublime Marsellesa; al son del trágico Ça ira cayó la nobleza. Los hugonotes luchaban con el lúgubre canto luterano en los labios. La secta anabaptista moría al son de la colosal estrofa mística. Los vascos peleaban con el solemne Gernikako Arbola. Nuestra decadente España moría en un café cantante, entre chulos y golfas, escuchando el odioso chín, chín de la odiosa Marcha de Cádiz"²⁵. Casi al final del volumen, "El héroe", artículo de 1902, glosa el multitudinario entierro del diestro Dominguín, en el que fueron profanadas tumbas por las masas y del que huyó hasta el cura. El autor clama: "¡Pan y toros! ¿Por qué indignarse? Venga la Inquisición y acabaremos el siglo dignamente. ¡Viva el mondongo nacional! ¡Nómbrense de una vez ministros a esas bailarinas vestidas de seda, disfrazadas con alamares de Virgen y medias de afeminados danzarines! ¿Acaso la península española no tiene la forma de una piel de toro! ¡Hipócritas, no indignarse! El Dominguín es un héroe dentro de su profesión. Es el único español que ha sabido cumplir con su deber muriendo en la plaza. ¡Ah, si nuestros generales hubieran sabido ser Dominguines en los ruedos de Filipinas y Cuba! El público paga para ver sangre. El torero que no muere o es herido, le estafa"²⁶.

La asociación de la tauromaquia y la guerra provino, sin duda, de las famosas "corridos patrióticos" que se celebraron desde el momento en que se conoció el ultimátum del presidente Mac Kinley. No cabe olvidar que 1898 fue el año de la muerte de Frascuelo, el que había sido legendario rival de Lagartijo: Lagartijo y Frascuelo en los toros, como Calvo y Vico en el teatro, como Cánovas y Sagasta en la política, habían sido las parejas que habían animado la modorra nacional de los últimos años... El 1 de mayo los periódicos trajeron en ediciones especiales la derrota de Cavite, cuando acababan de torear en Madrid Rafael Guerra, Antonio Fuentes y Bombita unos astados de la ganadería de Pérez de la Concha. Pero la más famosa "corrida patriótica" fue la de 12 de mayo: cuenta José Francos Rodríguez que a la entrada del coso ofrecían claveles las duquesas de Bailén, Plasencia y Conquista, las marquesas de la Romana e Ivanrey, las condesas de Agrela, Villagonzalo, San Román y Torre Arias, la vizcondesa de Torre de Luzón, la baronesa de Horteiga y otras

distinguidas señoritas. Habían decorado la plaza nada menos que Benlliure, Moreno Carbonero, Cecilio Pla, Sorolla, Querol y Domínguez, entre otros. Y lidiaron morlacos regalados por sus ganaderos hasta diez matadores: entre ellos estuvieron Mazzantini, el Guerra, Reverte, Lagartijillo, Minuto, Bombita y Villita, el mejor cartel posible²⁷.

Quizá ninguna otra imagen diera tal impresión de frivolidad culpable y, a la vez, explicitara tanto la asociación providencial de dos desastrosos nacionales, toros y guerra: por eso, sin duda, quedó tan profundamente hincada en la imaginación de quienes años después recordaron aquellos hechos. Todavía el 13 de noviembre de 1914 se estrenaba en el Teatro Español de Madrid el drama de Federico Oliver *Los semidioses* que recordaba, con violencia casi esperpéntica, el caso. Juan es un muchacho sevillano que hizo la guerra en el crucero "Vizcaya" y que resultó gravemente herido en Santiago de Cuba. Ha regresado a su casa, sin esperanza de curación, aunque con su esfuerzo se ha hecho maestro de párvulos, pero ha de contemplar cómo su familia, llena de deudas, vive en permanente obsesión por los toros y su mismo hermano Molinete no desea otra cosa que ser matador. Cuando en la escena XII del acto primero cuenta Juan cómo fue herido en combate, Fígaro le interrumpe: "-¿Y qué día fue ese? -El 3 de julio de 1898. -Oiga usted, don Martínez, ¿no fue ese día cuando Miguel Báez, "el Liri" tomó la alternativa en la plaza de toros de Huerva?". A lo que el citado don Martínez, veterano abonado, todavía añade: "-Por cierto que es la misma feméride en que Rafael Guerra, toreando de muleta en Algeciras un toro de Atanasio, negro, listón, bien puesto de pitones, lo consintió tanto con la izquierda..."²⁸. En la última escena, su padre y su hermano deciden acudir a la corrida aunque Juan agoniza. Y en su delirio, cree que los gritos de los aficionados que aclaman a Juan Belmonte, "son vítores que anuncian una patria nueva". Y se exalta: "¡Jóvenes generaciones que váis al porvenir, pasad sobre mi cuerpo! ¡Mi comandante, con mi deber he cumplido! ¡La vida por España!... ¡La vida por España!... ¡España!... ¡España!...!"²⁹.

Pero lo cierto es que España y Madrid también eran, o empezaban a ser, algo más que un mundo familiar y promiscuo que consolaba sus amarguras y deficiencias con zarzuelas. El 28 de noviembre de 1898, por cierto, se estrenó *Gigantes y cabezudos*, de Miguel Echegaray y Manuel Fernández Caballero, la primera que acertó al basar su argumento en la guerra de Cuba y el regreso de los repatriados. En ella se habla, por supuesto, de la impopular subida de los arbitrios municipales y de la zozobra por los ausentes. Uno de ellos, Jesús, tiene una fidelísima novia, Pilar, a la que galantea un sargento dispuesto a conquistarla haciéndole creer que su prometido se ha casado en Cuba. Pero el soldado aparece en el segundo acto, rodeado de sus compañeros y en trance de cantar todos un animado coro que ha sobrevivido a 1898 en la memoria popular: "Por fin te miro, / Ebro famoso, / hoy es más ancho / y es más hermoso". Y tampoco parece casual que las acotaciones de la escena reclamen la zaragozana vista de "las torres de La Seo y las cúpulas del Pilar" (tan asociadas a la crónica heroica del país en la francesada de 1808) y una significativa mezcla de regionalismo



castizo y uniformidad militar en los atuendos (los miembros del coro irán “todos con traje de aragonés y algún distintivo de haber sido soldados, que puede ser la gorrilla”)³⁰. Algo se modernizaba, no obstante, también aquí y allá... La crónica del año 1898 registra el inicio de la pavimentación y ordenación de la madrileña plaza de la Cibeles, la salida de los primeros tranvías eléctricos en el mes de octubre, el triunfal estreno de *La bohème* de Puccini y la admiración pública por la marcialidad de la policía municipal montada (los “romanones”, del nombre del entonces alcalde) que empezó a patrullar las calles de Madrid.

“El mil ochocientos noventay ocho no ha tenido aún su historiador (...) Sería preciso poseer el entendimiento de un Michelet, el alma de Costa, la serenidad de Macaulay, la ironía de Cervantes, el escarpelo de Ferrero, el vientre de Rabelais, el análisis de una Maudsley, la paciencia de Mommsem y el genio de Victor Hugo, con la franqueza sublime y clara de Tolstoi (...) Yo algún día intentaré ese estudio”³¹. Así exageraba Eugenio Noel en una larga y hermosa crónica, “Puente de Vallecas, 1898”, que viene en su libro *España, nervio a nervio*, de 1915. Sin ser ninguno de tan ilustres ingenios, también Noel cifró su recuerdo de aquellos días en la brutal descripción de una corrida popular en la vieja plaza de Vallecas. El público berreaba sin cesar mientras “los ruidos, el sol, el ambiente, incendiaban la sangre y la llevaban a la boca. -Aquí debían estar los yanquis... ¡Maldita sea su madre! -Ante un toro le ponía yo a ese Sampson o Sansón. -¡A un toro le iba a ir ese tío con el “Iowa” y los cañones de la puñeta!... ¡Cara a cara y hombre a hombre!...”. Y el escritor apostilla, no sin razón: “Antes que en la bahía de Santiago, la escuadra había naufragado en el Abroñigal, en el Manzanares, en el Tajo, en las costas españolas”³².

Notas

¹ *Cuentos*, ed. J.M.Martínez Cachero, pról. M. Baquero Goyanes, Summa, Oviedo, 1953, pp. 287-290. En la colección póstuma *Doctor Sutilis* (1916) figura también otro relato, “El repatriado”, relacionado con la guerra: es la historia de un modesto intelectual que emigra de España por no poder soportar el peso de la derrota y regresa al poco, cuando no tolera el apartamiento de las tradiciones que antes había desdeñado.

² *Obras completas*, IX. Discursos y artículos, Escelicer, Madrid, 1971, p. 751.

³ *El Caballero de la Triste Figura*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1944, p. 118-119.

⁴ “La primavera y la guerra”, *Vida Nueva*, 1, 12 de junio de 1898, p. 1.

⁵ “Un poeta” (*El Progreso*, 5-3-1898), *Artículos anarquistas*, ed. J.M.Valverde, Lumen, Barcelona, 1992, p. 88.

⁶ El poema completo, que dio título a una sección de *Aires murcianos* (1898), puede verse en la ed. del libro hecha por F.J.Díez de Revenga, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1981, pp. 69-70.

⁷ *Obras escogidas*, I. *Novelas completas*, Espasa-Calpe, Madrid, 1998, p. 171.

- ⁸ *El separatista*, ed. F. Gutiérrez Carbajo, Castalia, Madrid, 1997, pp. 250-251.
- ⁹ *El libro de la vida trágica. Del cautiverio*, ed. C. Alonso, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante, 1985, p. 432.
- ¹⁰ *Las ingenuas* (1901), Renacimiento, Madrid, 1916, I, p. 43.
- ¹¹ *ibidem*, I, p. 207.
- ¹² *ibidem*, II, p. 79.
- ¹³ *ibidem*, II, p. 204.
- ¹⁴ *ibidem*, II, p. 358.
- ¹⁵ *ibidem*, II, pp. 364-365.
- ¹⁶ *Almas y paisajes*, Imprenta y Fotograbado de E. Rojas, Madrid, 1900, pp. 12-24.
- ¹⁷ *Obras completas*, Perenne, Barcelona, 1947, p. 1.036.
- ¹⁸ *Epitalamio. Femeninas*, ed. J. del Valle-Inclán, Cátedra, Madrid, 1992, p. 119.
- ¹⁹ *Sonata de primavera. Sonata de estío*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983, pp. 85-86.
- ²⁰ *ibidem*, p. 159.
- ²¹ *Martes de Carnaval*, ed. R. Scnabre, Espasa-Calpe, Madrid, 1990, p. 186.
- ²² *Tiempo de silencio*, Seix-Barral, Barcelona, 1962, p. 18. Unos años antes, otro escritor de su grupo, Jesús Fernández Santos, incluyó un cuento sobre la guerra de Cuba, "El sargento", en la colección Cabeza rapada, Seix-Barral, Barcelona, 1958.
- ²³ *Las flores rojas*, F. Sempere, Valencia, s.a., pp. 127-128.
- ²⁴ *La entrada de Nozaleda*, Cosmópolis, Madrid, 1904, p. 11.
- ²⁵ *ibidem*, p. 54.
- ²⁶ *ibidem*, p. 74.
- ²⁷ *El año de la derrota 1898. De las memorias de un gacetillero*, CIAP, Madrid, 1930, pp. 152-159.
- ²⁸ Joaquín Dicenta, Federico Oliver, Juan José. *Los semidioses*, Taurus, Madrid, 1965, pp. 119-120.
- ²⁹ *ibidem*, p. 172.
- ³⁰ Hay edición reciente: Carlos Arniches, Miguel Echegaray, *El santo de la Isidra. Gigantes y cabezudos*, ed. M.P. Espín, nota de J.L. Alonso de Santos, Biblioteca Nueva, Madrid, 1998, pp. 89-141.
- ³¹ *Nervios de la raza* (1915), Hispanoamericana de Ediciones, Barcelona, 1947, p. 229.
- ³² *ibidem*, p. 263.